

Españas, Italia, cuna de todo, con tal exceso de pasado que raramente ha traído a su presente esa unidad que el mero instinto de supervivencia impondría. Pero ninguna de esas naciones –mejor sería decir culturas-naciones– convive con su pasado como lo hace la nuestra. Simbólicamente, ningún pueblo vive en el pasado –en particular en ése al que le debemos nuestro perfil singular– del modo como lo hace Portugal. Estamos a punto de acabar este milenio, que es casi tanto como el tiempo de nuestra vida de nación autónoma, y vamos a entrar en el próximo regresando a ese Pasado, reanimándolo a bordo de la misma nao de la India y sobre los mismos mares que tuvimos que cruzar para llegar allí.

La forma de nuestras fiestas, postreramente imperiales, será la más futurista y futurante que este país del siglo XX que somos, atento a todo y empeñado en mostrar que está en el presente y en sus más exigentes desafíos, nos consentirá. Pero su contenido, no sólo porque celebramos episodios míticos del pasado, nuestro y de Occidente, sino por motivos más fuertes, será una cita con todos nuestros fantasmas y su sublimación. Bajo esta forma, sobre todo, es como nos gusta más el pasado. Un pasado vivido fundamentalmente como justificación transcendente del presente y fianza para el futuro. Sin contar con un momento apasionadamente crítico a la hora de leer nuestro pasado –el que va desde Garret a Herculano y desde Oliveira Martins a Eça de Queiroz–, en los tiempos modernos, tiempos de relativo debilitamiento político dentro del contexto europeo o mundial, hemos vivido nuestra relación con el pasado siempre así. Sólo excepcionalmente lo habitamos, a diferencia de ingleses y holandeses, que lo habitan gloriándose abiertamente del arcaísmo o del anacronismo de sus presentes, inmersos con toda tranquilidad en el pasado. Nosotros, y aquí no hay metáfora ni figura retórica, o estamos realmente en el pasado, de tal modo que revivirlo folclóricamente sería un pleonasma, o nos servimos de él tan sólo para engalanar, por intermitencia, un día a día que se basta a sí mismo. Sólo muerto o mitificado el pasado goza de nuestra complacencia. A tal extremo que resulta legítimo cuestionarse si alguna vez existió con la realidad y los colores que le atribuimos, a no ser en esta memoria nuestra roída y hagiográfica. En un presente tan ocupado consigo mismo, y hoy día en un permanente estado de obsolescencia, como el de todos los pueblos, esta manera nuestra de tener pasado como si no lo tuviésemos, o teniéndolo para exultar oníricamente con él, es un serio obstáculo para concebir un Futuro donde lo mejor y más específico de cuanto soñamos sea realmente producto de las exigencias y los imperativos de nuestro singular presente, como así debe ser toda pulsión futurante.

Llevar para el Futuro nuestro pasado, más mitificado que transfigurado, concebirlo como espacio y vida donde nuestro ex-pasado, incluso el que ha

dejado en la memoria universal una huella indeleble, es tan sólo la máscara dorada de nuestra impotencia presente, no es la mejor manera de ir y tener realmente un Futuro. En verdad, ni se va ni se tiene, en sentido propio, Futuro. El Futuro, como el sol que esperamos para ver lo que nos cerca, es el tiempo hecho únicamente de esperanza, sueño y utopía de donde todo viene y en función del cual caminamos hacia alguna «especie de puerto». El Futuro también es, y de un modo radical, lo que nos sorprende y, sorprendiéndonos, nos ciega con la evidencia de que el Pasado no garantiza nada. En una civilización y en una cultura tomadas por el vértigo en todos los dominios, aunque la expresión resulte difícil de ser pensada, lo que pretendemos o nos pretende como Futuro sorprende todavía más. De ahí, tal vez, la tentación recurrente de buscar en el pasado una suerte de seguro simbólico contra esta inestabilidad ontológica. Un pueblo como el nuestro, con una vivencia rural milenaria, con un tiempo real y simbólico recurrente, como el de las estaciones, sólo podía ser sorprendido por el Futuro con accidentes naturales ya incluidos en su órbita, o con catástrofes, tomadas inmediatamente como castigo o aviso de Dios. Pero ni siquiera éstos nos robaban el Futuro, horizonte y fuente donde se inscribía nuestra existencia. El futuro no podía, y menos a los pobres, suscitar esa ansiedad incurable que la vida moderna, como expresión y alegoría de la Fortuna –en todos sus sentidos– trae consigo. El futuro estaba en manos de Dios, y no hacía falta más.

Pensándolo bien, un pueblo como el portugués sólo en raras ocasiones ha problematizado de manera colectiva su relación con el Tiempo. Una problematización importada, por así decirlo. Fue en la órbita de la ciencia donde esa problematización surgió, y nosotros, casi por definición, estábamos excluidos o sólo tangencialmente incluidos en ella hasta hace un siglo. Es un dato sintomático que, a la vez que el primer sputnik emitía desde el cielo su mítico «bip-bip», un sabio portugués declarase que tal proeza no pasaba de mera propaganda. Desde el orden más trivial del «futuro», es decir, de lo que es natural o lógico esperar de las posibilidades del presente, la cuestión o no tenía razón de ser o era resuelta «a la portuguesa», pragmáticamente, yendo al encuentro de algún futuro que no estaba en el tiempo, sino en el espacio. El futuro de Portugal ha sido, desde muy temprano, lo que está fuera, la distancia, nuestra o ajena. Ha sido la India, Brasil, África, y recientemente, en varios sentidos, Europa. Ésta es la primera vez que Portugal y los portugueses tienen que desempeñar, concebir, inventar y darse un futuro a partir de sí mismos; sin embargo, están tan habituados a tener un Futuro como dádiva de la Providencia –aunque pagado tantas veces con sudor y lágrimas– que, sin querer, han hecho todo lo posible para no encarar de frente esta idea tan sencilla: no tendrán un Futuro si ellos

mismos no lo inventan. Aquí, en el lugar en que estamos, y no derivando imaginariamente a lo largo del Atlántico para escapar a la confrontación histórica, difícil, con los otros, en Europa o en el mundo. O, entonces, embarcándonos, por nostalgia, en sueños con Brasiles o Áfricas que ya tienen con qué entretenerse respondiendo por su cuenta al famoso «desafío del Futuro». Dependiendo de lo que somos como presente, tendremos, o no, ese Futuro compartido y nuestro al mismo tiempo. Compartido con los que, para nosotros, ya están en el Futuro, y nuestro porque en él resuena «el tiempo portugués», ese que somos y nadie puede ser por nosotros.

De cierta forma, nuestro viaje hacia el futuro es simple. Como pueblo al margen de Europa y de su centro descentrado, ya hemos estado en el Futuro.

Nunca un barco tan pequeño metió a bordo tanto tiempo ya futuro. Navegaba entonces en el corazón de una Historia inaugurada por nuestra deriva. Fuimos Futuro y, por haberlo sido, continuamos siéndolo. Pero es ese exceso de tiempo, simbólicamente tiempo inmemorial, como lo inscribieron Camoens, Pascoaes y Pessoa en sus poemas, de formas diversas y convergentes, lo que, paradójicamente, nos paraliza y parece que nos roba un futuro como el de antaño, precoz e incandescente. No es una tragedia que nuestra cultura, como el «Mostrengo» del *Mensagem* [de Pessoa], continúe girando en torno a esa especie de triángulo de las Bermudas de nuestra alma. No pudimos hacer otra cosa y dejamos a mucha gente en ese piélago inagotable que atravesamos buscando el futuro que necesitábamos para convencernos de que existíamos. La tragedia o la comedia —qué inconsciente ese reflejo de pobres con que volvemos sobre nosotros mismos sin cesar— es que el único futuro realmente nuestro, por ser el eterno presente que tuvimos, sólo es evocado, reencontrado, en ocasiones festivas, como quien visita el palacio de la Bella Durmiente. Lo exploramos, nos acordamos de él para tapar los agujeros y el pánico del presente y, sobre todo, para evitar confrontarnos con un Futuro en el que no navegamos solos, sino en compañía: la humanidad entera.

Imaginamos que Enrique el Navegante, Vasco de Gama, Pedro Álvares Cabral y los otros Cabrales, Bartolomeu Dias y, a otro nivel, los Luis de Camoens, los Antonios Vieiras, los Alexandres Herculanos ya han pagado por nosotros ese viaje en otra especie de Futuro, el que transfigura el presente desorbitado que nos cayó en suerte. No es del todo ficticia esa suposición. Sin ellos no seríamos el país que somos y tampoco tendríamos ese pasado en el que nos refugiamos como si fuese el Paraíso. Por eso, no podemos abordar la orilla del Futuro sin llevarlos como compañía. O que los acompañemos nosotros, pero no como muertos vivos, como los que viera Ulises cuando bajó a los Infiernos. Para que tengamos futuro, nuestra mirada sobre el pasado no puede ser como la de Lot, que convertía a sus

familiares en estatuas de sal. Tenemos que saber y sentir que el viaje por nuestro pasado apenas ha comenzado. Y que el futuro de ese pasado nos lo han confiado a nosotros. El verdadero tiempo de los hombres es un eterno presente, quintaesencia de todos los presentes en que la humanidad se ha transcendido a sí misma y ha impuesto al futuro su peso y su figura.

En su famoso libro, *El shock del futuro*, Alvin Toffler equipara ese choque no a una entrada maravillosa en ese tiempo próximo y aún sin rostro, como se podría esperar de un estadounidense, sino a un «traumatismo». Además de todas las razones posibles y del diagnóstico medio apocalíptico, por tantos motivos conforme con la realidad de nuestro presente, y por ello inverosímil, no se puede ignorar que la descripción de ese impacto traumático quizá tenga algo que ver con el hecho de que sea imaginado por un hombre y una cultura *sin pasado*. O con muchos pasados, pero ninguno de ellos como los de Europa, Asia o alguna de sus viejas naciones o culturas, detentadoras de un tiempo de larga duración, o sea, de un lastre de «eternidad» que sostiene y ampara a su presente. La verdad es que, desde hace medio siglo, todos nos hemos vuelto un poco americanos. Pero nos separa de ellos, y de su discurso exultante o amedrentado sobre el futuro, esta carga de pasado, indisoluble de lo que somos y queremos ser. Muchas veces ese exceso de pasado ha sido descrito y previsto como una auténtica enfermedad. Tal vez no lo sea tanto ahora como lo pareció entonces. Lo que es, o llamamos, encuentro con el Futuro, marcha hacia el Futuro, también es, simultánea y esencialmente, curiosidad y búsqueda del Origen. Sólo quien tiene pasado vive estos dos viajes al mismo tiempo, como en la película de Stanley Kubrick, *2001. Una odisea del espacio*.

Portugal tiene esa especie de pasado, como lo tiene también el navío-Europa, con el que vamos abordando en los albores de un nuevo milenio las orillas de un nuevo tiempo, donde nos reconocemos tal y como somos y, a la vez, como diferentes, pues otra es también la travesía. Pero para ello tendrá que revivir ese pasado como memoria activa, siempre revisitada o incluso inventada. El pasado también se inventa. El nuestro y el de los demás. Una de las funciones del presente es que no se vive esperando que el Futuro nos caiga del cielo, conquistado e imaginado por otros. De todas formas, no podemos fallar en el Futuro, donde más o menos americanamente ya estamos; sin embargo, fallaremos en él como Futuro nuestro, si no llevamos a su encuentro y no inscribimos en su órbita imaginaria esa especie de voluntad de existir, de tener un destino, una misión singular, por ser también la de todo Occidente. Como ya lo fue la nuestra cuando éramos la imagen anticipada de todos los futuros. ¿Anacronismo? Vale, pero futurante.

*Traducción: J. León Acosta*